

Discurso de clausura

MANUEL AGUILERA GOMEZ

Hoy llegan a su fin los trabajos encomendados a este Congreso. El Comité Organizador Local desea agradecer públicamente al Gobierno de la República el apoyo que le brindó para la realización del mismo.

Las disertaciones y discusiones en torno al tema del Congreso, "Recursos Humanos, Empleo y Desarrollo", se realizaron en un ambiente de libertad y de elevado nivel académico; imperó la voluntad por la búsqueda de la verdad, a través de la confrontación de ideas y experiencias de profesionales altamente calificados en la disciplina económica.

En los debates prevaleció una amplia preocupación por la crítica situación por la que atraviesa la economía mundial. La posguerra fue escenario de una expansión económica sin paralelo en la historia del género humano, tanto por su intensidad y dinamismo, cuanto por el período de crecimiento inusitadamente prolongado. A lo largo de un cuarto de siglo, los centros industrializados reconstruyeron sus economías y dieron paso a una etapa de expansión del consumo a niveles y extremos en que el bienestar material se convirtió, en muchos de ellos, en enajenación consumista.

Sin embargo, para la mayor parte de la humanidad, para aquellos millones de seres que habitan en las áreas subdesarrolladas del planeta, el acceso a los beneficios del formidable avance tecnológico fue extremadamente limitado, y en ocasiones, para muchos de ellos, fue desconocido.

Debemos reconocer que los crecientes niveles de bienestar que han alcanzado las sociedades industriales no fueron fruto, exclusivamente, del avance tecnológico, sino que a lo largo de estas décadas se produjo una masiva transferencia de excedente económico hacia los países industrializados que, sin duda, nutrieron sus niveles de vida. También debemos reconocer que detrás de este esquema de división internacional del trabajo, se impusieron a las áreas en desarrollo patrones de política económica visiblemente hegemónicos. En efecto, los flujos de capital requeridos para compensar los déficit crónicos a que ha dado lugar dicho patrón de crecimiento, fueron suministrados mediante condicionamientos a sus políticas económicas, bajo esquemas de supuesta racionalidad teórica, que en la realidad entrañaron, a menudo, prácticas que condujeron a perpetuar la marginación y la dependencia. Así, con inusitada frecuencia, se han difundido concepciones teóricas que han pretendido conferirle supuesto valor científico a normas de política económica, moral y socialmente inadmisibles. En nuestros días, por ejemplo, algunos académicos, con un respaldo financiero cuantioso, están dedicados a difundir una campaña dirigida a desacreditar la capacidad de los estados en la asignación del gasto público, con el propósito de acreditar la libertad del mercado como mecanismo ideal de optimización de los recursos. Pero quienes tales tesis propalan, pretenden ignorar que la libertad irrestricta del mercado conlleva, conforme a la experiencia presente, a la supresión de todas las demás libertades. Esta tesis de reciente cuño, como lo reconoció el profesor Samuelson en este foro, conduce inexorablemente al fascismo.

Cualquier intento de vislumbrar el futuro deberá partir del conocimiento científico y el reconocimiento político del

origen y naturaleza de la crisis actual. Las bases y premisas en las que se fincó el crecimiento económico en las posguerras están agotadas. Por un lado, el predominio hegemónico estadounidense ha sido disputado por la expansión comercial y productiva del resto de las áreas industrializadas, y por otro, el crecimiento de la economía mundial enfrenta las fronteras de los países subdesarrollados. La crisis enfrenta a la humanidad consigo misma y con la conciencia de la inteligencia universal y de los dirigentes políticos: están en presencia de una pugna por la ampliación de las fronteras económicas para las áreas industrializadas, contienda en la que los países subdesarrollados son testigos, víctimas pasivas que tributan a la crisis, día con día, mediante la exportación de sus precarios niveles de vida.

No es moralmente admisible que la acumulación a escala mundial se pueda seguir sustentando en la desvalorización de las materias primas, en la profundización de esquemas de crecimiento con oferta ilimitada de mano de obra, en la transferencia de recursos financieros supeditada a condicionamientos geopolíticos, en la concentración de los beneficios del avance técnico y en la incontrolada transnacionalización privada de las decisiones de política económica. No es admisible que los factores de reajuste de la economía internacional recaigan en la apertura ilimitada de los mercados de los países de desarrollo intermedio y en la renuncia al derecho de mejorar sus términos de intercambio.

Del Tercer Mundo ha surgido el reclamo del reordenamiento de la economía mundial y ha sido recogido por los sectores progresistas de las sociedades industrializadas. Es el reclamo de millones de seres humanos que viven en secular pobreza, sin propiedad, sin hogar, sin industria, sin empleo. Esas multitudes jamás podrán hacer efectivo el respeto a su condición humana, por más cartas universales que proclamen derechos moralmente válidos, pero impracticables como consecuencia de la base material que sustenta las relaciones económicas de producción y distribución a escala mundial.

La humanidad demanda la paz, no como la ausencia de la guerra, sino como expresión de la voluntad política de cooperación internacional. México, al igual que otros países, la ha llevado al foro de la Organización de las Naciones Unidas para reanudar el diálogo universal a partir del manejo racional de los recursos energéticos, como vía que conduzca al establecimiento de esquemas renovados, más equitativos, en las relaciones económicas internacionales.

Estamos conscientes que el impulso para encontrar fórmulas dirigidas al reordenamiento de la economía mundial es una responsabilidad de los dirigentes políticos de todos los países; sin embargo, nosotros, como profesionales de la economía, como integrantes de la inteligencia, tenemos la obligación moral de poner nuestra influencia personal para crear un ambiente capaz de influir favorablemente en la voluntad política de los gobiernos. Si las ideas expuestas a lo largo de cinco días en este Congreso contribuyen de alguna manera a este propósito, los recursos materiales y humanos involucrados en su organización habrán cumplido plenamente con su cometido. □